



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2011

Belén del Rocío Moreno Cardozo

LOS DUELOS, LA ESCRITURA

Revista Affectio Societatis, Vol. 8, N° 14, junio de 2011

Art. # 10

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

LOS DUELOS, LA ESCRITURA

Belén del Rocío Moreno Cardozo¹

Resumen

Toda vida humana está sometida a la experiencia múltiple y constante de la pérdida, por ello queda constituida como un sistema de duelos. Los efectos subjetivos que tales acontecimientos provocan pueden ser vividos en diversos registros. Con ocasión de un duelo, todo el sistema simbólico es llamado para trazar con él un borde al agujero provocado por una ausencia. Sin embargo, como constatamos de modo también reiterativo, las palabras desfallecen a la hora de nombrar lo que se lleva el muerto con su ausencia. ¿Cuál es pues el lugar de los escritos ante tales desfallecimientos? Después de plantear algunas consideraciones sobre las condiciones a un tiempo subjetivas y colectivas del duelo, propondré una conjetura sobre la articulación entre el duelo y la escritura.

Palabras clave: pérdida, muerte, duelo, escritura.

THE MOURN, THE WRITING

Summary

Every human life is subject to a manifold and permanent experience of loss, and so ends up constituted by a system of mourning. The personal

effect of such events may be faced in different ways. When coming up against a mourn, the whole symbolic system is called into action to enclose the void produced by absence. However, there is also a persistent collapse of words when attempting to name what is taken away by the dead person absence. So, what would be the role of writing against these afflictions? After putting forward some remarks on both subjective and social conditions of mourn, I will suggest a way by which writing and mourn may be bonded together.

Kew words: loss, death, mourn, writing.

LES DUELS, L'ECRITURE

Résumé

Toute vie humaine est soumise à l'expérience multiple et constante de la perte. En conséquence, elle est constituée comme un système de duels. Les effets subjectifs que ces événements entraînent peuvent être vécus sur des divers registres. A l'occasion d'un duel, on fait appel à tout système symbolique afin de tracer un contour au trou produit par une absence. Néanmoins, comme nous l'avons constaté plusieurs fois, les mots s'évanouissent au moment de nommer ce que le mort emporte avec lui avec son absence. Quelle est donc la place des écrits face à ces évanouissements ? Après avoir exposé certaines considérations sur les conditions au même temps subjectives et collectives du duel, je proposerai une conjecture sur l'articulation entre le duel et l'écriture.

Mots- clés: perte, mort, duel, écriture.

Recibido: 03/12/10 Evaluado: 12/01/11 Aprobado: 14/02/11

¹ Psicoanalista. Psicóloga de la Universidad Nacional. Especialista clínica de la Universidad de los Andes. Magister en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo. Miembro de Analítica, Asociación de Psicoanálisis de Bogotá. Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia (sede Bogotá), adscrita a la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura. Investigadora del grupo Psicoanálisis y Cultura, en la línea "Estética, creación y sublimación".

bdmorenoc@unal.edu.co

Hay un recodo en *El malestar en la cultura* (1929/1981), citado en no pocas ocasiones, donde Freud se refiere a los impedimentos insalvables que encuentra el ser humano en la conquista de la felicidad, designada allí como el proyecto del principio del placer. Voy pues, para comenzar, a recordar esa referencia en la que el psicoanalista alude a la fuerza de tres potencias ante cuya presencia se mengua en mucho nuestra pretensión de felicidad: “El sufrimiento nos amenaza por tres lados: desde el propio cuerpo que condenado a la decadencia y a la aniquilación, ni siquiera puede prescindir de los signos de alarma que representan el dolor y la angustia; del mundo exterior, capaz de encarnizarse con nosotros con fuerzas destructoras omnipotentes e implacables; por fin de las relaciones con otros seres humanos. El sufrimiento que emana de esta última fuente quizá nos sea más doloroso que cualquier otro [...]” (Freud, 1929/1981, p. 3025).

Si esas palabras resultan tan memorables, si tienen el poder eficaz de abrir surcos tan duraderos en nuestra memoria, es porque allí escuchamos la presencia de un cierto *fatum* que gobierna nuestros destinos. En efecto, la evidente comunidad entre estas fuentes de sufrimiento radica en que todas ellas nos dejan frente a una experiencia de pérdida por cuyo conducto tenemos noticia anticipada de la muerte. Así pues, ¿qué es un cuerpo agobiado por la enfermedad y condenando a la decadencia, sino el saldo de una pérdida? Perdemos entonces la estatura erguida de un cuerpo que antes nos era dado en la forma tranquilizadora de una imagen íntegra y silenciosa. De la misma manera, poco o nada podemos contra las fuerzas indómitas de la Naturaleza. La ciencia y su brazo armado, la técnica, han realizado notables avances en controlar o desviar tales fuerzas; sin embargo, en no pocas ocasiones, el único poder que entonces nos es dado ejercer es ¡huir a tiempo! En este caso, el sufrimiento puede traer otro cortejo de pérdidas: vidas, bienes, el confort de alguna seguridad arduamente construida... Para hacer más contundente el cuadro de esas miserias que rebajan a muy poco el atractivo proyecto del principio del placer, Freud deja para el final la fuente de padecimiento que nos resulta más dolorosa: nuestras relaciones con los otros. En este último campo, las penas de amor parecen pulsar la fibra misma del dolor, pues “jamás nos hallamos tan a merced del sufrimiento que cuando amamos; jamás somos tan desamparadamente infelices que cuando hemos perdido al objeto amado o a su amor” (Freud, 1929/1981, p. 3029). Enseguida, procede a levantar un inventario de todas las técnicas para evitar el sufrimiento: el alejamiento de los demás, el sometimiento de la Naturaleza, las intervenciones sobre el propio organismo para modificar las condiciones de su sensibilidad... Pero sabemos que ese inventario puede ser más amplio, pues lo que llamamos cultura no es más que la producción de todos los medios discursivos y materiales para mitigar el filo

letal de esas tres potencias; así disponemos de una variada gama de técnicas, prácticas y productos de la imaginación humana, para aliviar o postergar lo que a la postre se nos impondrá irrevocable. De modo que ante la pérdida echamos mano de toda suerte de recursos, habidos y por haber, contruidos y por inventar. En ocasiones, solo se trata de intentos fallidos por desalojarla; en otras, hallamos los medios para hacer posible la cicatriz que deja lo perdido.

Con lo dicho hasta acá tenemos acotado un común denominador: la pérdida, inscripción temprana y continua de la muerte en la vida. Hemos de comenzar, sin embargo, a diferenciar ya dos muertes: una que como pérdida va signando la vida y otra que pondrá término a la vida. Por eso cuando nos atrevemos a hablar de lo que poco hablamos —esto es de la muerte— siempre resultará pertinente aquella pregunta formulada por Lacan (1960/1985): “Todavía es preciso saber de qué muerte se trata: aquella que trae la vida o la que se la lleva” (p. 790). Respecto de la segunda, resulta claro que es aquella referida por Freud cuando habla de nuestro cuerpo condenado a su decadencia y aniquilación. Pero ¿qué puede ser la muerte que trae la vida? Lo diré ahora de una forma distinta a la esbozada hasta aquí. La particularidad del humano respecto de los otros animales es que habla y tal condición ya implica el desalojo de la vida. Puede resultar extraña esta afirmación, pero con las palabras hemos dado muerte a la presencia plena y muda de las cosas. Las palabras que nos fueron dirigidas y que luego adoptamos, en ese tránsito subjetivante del sonido al sentido, produjeron con su inscripción un desalojo del goce y, en tal sentido, una pérdida. Con las palabras nos llegó todo el andamiaje de las regulaciones culturales y cada paso vacilante de la criatura humana hacia el universo de los intercambios implicó una travesía, más o menos lograda, por la experiencia de la pérdida. Así, toda vida humana parte de un traumatismo fundacional: la imposición que se le hace al infante del aparato del lenguaje, con el cual experimenta una pérdida insondable, al tiempo que produce así la inscripción de la muerte en la vida. Una vez adopta la lengua que le fue impuesta, con ese único material habrá de operar sobre las pérdidas subsiguientes. Entonces, al comienzo llamará con llantos, gritos y palabras, para intentar la permanencia de satisfacciones que le fueron procuradas y de pronto dejaron de serle prodigadas. Pero también habrá de probar la frustración de un pedido que no se satisface y, acaso, la inscripción, ya sin remisión, de una ausencia irrevocable. Y así, en regis-

tros diversos, con su única provisión de humano —las palabras— habrá de vérselas con el saldo de negatividad arrojado por los asuntos prohibidos, máscara de los imposibles.

Entonces, las palabras nos prestarán el auxilio siempre necesario y acaso nunca suficiente para cernir y disipar el dolor de cada uno de esos saldos en menos. Llegados a este punto advertimos cómo toda vida humana se revela como un sistema de pérdidas en la que esta que atravieso ahora evoca otras ya pasadas y prefigura, sin anticipar, las que sobrevendrán. No puedo dejar de recordar en este punto la experiencia de una joven psicóloga que realizaba una práctica en una unidad de cuidados intensivos y se encontraba invariablemente con que la muerte próxima llevaba a hablar a quien se hallaba en tal límite, aún en medio de la máxima dificultad, aún en la mayor precariedad de la palabra, de sus seres amados y perdidos: el padre, la madre, la esposa, el hijo no nacido... Es así como ocurre que un duelo llame a los otros duelos, a los suspendidos, a los postergados, a los que pretendimos esquivar con el violento rigor del silenciamiento. Y sin embargo, ninguna pérdida se parece a otra; ningún duelo es semejante a otro, acaso sean solo equivalentes en su profunda diferencia: cada dolor es siempre otro porque los lazos de palabras y silencios que nos atan a quien perdemos están tejidos siempre de un modo singular. Una cosa es el dolor por la muerte del padre; de otra índole es el dolor que sentimos con la muerte de un amigo, ese disímil semejante con quien dimos nuestros primeros pasos fuera del feudo paterno, en la horda de los hermanos... Otra muy distinta es la muerte de un hijo, acontecimiento que invierte brutalmente la secuencia esperada de los decesos y trunca un porvenir anhelado, dejando así al deseo en la estacada. Hay que decir que algunas de estas muertes dejan al doliente sin poder nombrar el estatuto de su condición: hay huérfanos y viudos, pero no hay nombre para el doliente de un hijo como no lo hay tampoco para el de un amigo. Invocamos todos los recursos de lo simbólico para trazar el borde de una pérdida y hete aquí que ¡allí también hay desfallecimientos!

Pero podemos ir un poco más allá del registro de nuestros amados, siempre en algún recodo odiados, a cuenta de una tensión narcisista y unitiva jamás por entero realizada. Aún la muerte del enemigo habrá de contar para nosotros con un revés de culpa por la intención asesina que habitó como deseo en nuestros pensamientos. Un acontecimiento tal puede ser la realización ominosa de un

deseo cuyas ramificaciones inconscientes no dejarán de hacer caer las piezas de un dominó respecto del cual carecemos de toda maestría. Así con ningún dolor conoceremos la fibra insondable que alcanzará el otro dolor. Y sin embargo, la experiencia singular de cada dolor es indicio de que estamos dando un paso fundamental por cuanto así inscribimos la muerte en la vida, y solo esa inscripción mediante, la vida se vuelve soportable.

Ese tránsito requiere, como lo he dicho, que echemos mano de todo el sistema simbólico, para con él trazarle un borde al agujero en lo real dejado por la ausencia del otro. Es allí donde cumplen su función los ritos, los velorios, las palabras de despedida que hago públicas, los recuerdos que cuento a mis acompañantes. Cuántas veces constatamos, en nuestro trabajo clínico, que lo que hoy se llama depresión no es otra cosa que la presentación moderna de un duelo o de una serie de duelos que lo único que esperan son palabras para nombrarlos. El mutismo reservado y supuestamente digno, muy a tono con lo que Jean Allouch (1996) llamó “la muerte seca”, es la mayor violencia que se puede infligir un doliente. En ocasiones, tal violencia no resulta de una volición suya más o menos consciente, ocurre entonces que este silencio no sea mera defensa ante un dolor que se quiera eludir, sino la única forma de preservar la vida. Así, de nuevo, el silencio es la mayor violencia que se pueda infligir un doliente y la mayor violencia que se le pueda infligir a un doliente. Con ello me refiero, desde luego, a las ceremonias de duelo impedidas a cuenta de la violencia política. Estos ya no corresponden a silencios defensivos, se trata más bien de acallar, de modo ofensivo, por cuanto de este modo se socava el fundamento mismo de nuestra humanidad. En este nuestro contexto, cuando se trata de muertes por asesinato, el panorama de iniquidades subsiguiente amplía de manera siniestra la causa criminal que, en adelante, no hace más que multiplicarse: cadáveres insepultos, cadáveres entregados al caudal a un tiempo mudo y atronador de los ríos, cadáveres picados y desperdigados por doquier, rituales cercenados ante el recrudecimiento de amenazas de muerte. En esas condiciones, se erradica de tajo la dimensión social del duelo puesto que quienes habrían podido acompañar al doliente se ven alcanzados por la misma intimidación y así se establece un perturbador tabú de contacto, que rompe los lazos sociales y hace que las estrategias del terror capitalicen no lo suyo, sino lo que no era suyo... Estos procedimientos realizan en nuestra época una ope-

ración *forclusiva*, esto es, de rechazo radical de una práctica tan vieja como el hombre mismo: el deber de sepultura y respeto por el cadáver.

De lo dicho hasta acá se desprende la necesidad de una cierta tríada en los rituales de duelo: el cadáver, el doliente, los acompañantes. Los restos son la evidencia rotunda de una ausencia: “tengo presente que está muerto, su materia en adelante será muda a mis palabras”. Hay que notar que a pesar de la existencia del cadáver, suele ocurrir que no quede excluida alguna exclamación de desmentida: “¡No, no puede ser! ¡No lo puedo creer!”. Así, si esto sucede cuando hay efectivamente restos, cuando no es el caso, qué se puede esperar: pues, justamente... que ¡se puede esperar! Se abre así un agobiante limbo de esperanza, en que los efectos de la desmentida se prolongarán sin término: “de pronto está vivo, pero quizá ya no, aunque es posible que sí, pero...”

Los acompañantes, por su parte, dan a las ceremonias de duelo su estatuto social y entonces siempre político, por cuanto se trata de la relación de uno [doliente] con los otros [acompañantes], a causa del ausente. La presencia de los acompañantes hace notorio el tejido más o menos amplio de vínculos tanto del ausente como del doliente. Cuando somos llamados a ese lugar, llegamos afectados por una cierta turbación, bien se trate de que, por rechazar la fórmulas de ocasión, no hallemos las palabras para dirigir al recién herido, bien porque nos precipitemos en un amplio interrogatorio acerca de las circunstancias de la muerte. Tampoco es infrecuente que, en medio de las ceremonias de duelo, alguien quede afectado por un incontrolable ataque de “risa nerviosa”. Esa impertinencia nos pone sobre la pista de la satisfacción un tanto pueril que puede experimentar el acompañante. Voy a tratar de localizarla haciendo referencia a un acontecimiento de la vida de Freud. El 28 de agosto de 1930, le fue conferido el premio Goethe de Literatura; en aquella ocasión las congratulaciones de amigos y allegados fueron escasas. Los entusiasmos de Jones, en el sentido de que a Frankfurt bien podía seguir Estocolmo, fueron desalentados por el propio Freud, advertido como estaba de la creciente oposición a su obra y a su persona. Y así, lo que siguió al premio Goethe fue “una avalancha de artículos periodísticos en los que se “lamentaba” que Freud estuviera al borde la muerte” (Jones, 1985, p. 517). Los efectos de tales furores periodísticos, desde luego, fueron nefastos sobre la consulta de Freud. Poco después, en septiembre de ese mismo año, murió su anciana

madre; entonces, le llovieron manifestaciones y notas de condolencia desde los más diversos lugares del mundo. El evidente contraste en la inscripción social de sus acontecimientos, lo hizo comprobar que “la gente en general parece más dispuesta a expresar un pésame a los demás que una congratulación” (Jones, 1985, p. 518). ¿Por qué pues tan parcos a la hora de acompañar el triunfo y tan solidarios en la desgracia? Respecto del primer asunto no se trata de otra cosa que de la economía verde y retenida de la envidia. Con relación al segundo, acaso se trate de otro matiz de la misma coloración; quizá se está tan dispuesto a acompañar al otro en su dolor porque entonces se cuenta con la certidumbre, un tanto acobardada, de estar a salvo de la envidia y de la pérdida: “Te acompaño en tu dolor, puesto que sé que es *tuyo*”. De este modo se queda episódicamente conciliado con la pérdida, ¡solo porque se la ve a distancia!

Situemos ahora al doliente frente a los restos: ante los despojos digo unas palabras de despedida, mientras otros allí me acompañan. No es extraño que quien va a pronunciar estas palabras saque de su bolsillo un papel, emborronado, donde arañó hace poco algunas letras. Podríamos atribuir este sencillo gesto al propósito de evitar algún fallo de la memoria, pero quizá el papelito garabateado cumpla otro oficio. En todo caso, su presencia ya indica que las palabras no son suficientes, se requiere de otra cosa... Quizá, con ese soporte que llevan mis letras produzco la materia necesaria para acotar la materia muda e inevitable del cadáver. Y así el escrito se desliza por el litoral de lo decible y lo indecible. Quizá por ello Marguerite Duras (1995), en plena agonía, contesta la pregunta de Yann Andrea “¿Para qué sirve escribir?”, eludiendo el asunto de la utilidad supuesta para dirigirse al fundamento mismo de la escritura: “Es a la vez callarse y hablar. Escribir. A veces eso quiere decir cantar” (p. 20). Así la escritura aloja la palabra y el silencio, dando a uno y a otro una morada material que ya no sea exclusivamente mi cuerpo.

Llegados a este punto, es necesario distinguir la mordaza del silencio: la primera, a la que me he referido de manera más explícita es solo retención voluntaria u obligada de una palabra que existe; el silencio, en cambio, concierne al desfallecimiento de lo simbólico, puesto que hay los imposibles... de decir. Esto es que cuando callo no se trata de silencio porque la palabra aunque omitida está virtualmente inscrita: retenida o reprimida. Otra cosa ocurre cuando al remontar las palabras me

encuentro con su límite. Entonces, en el lazo con mi semejante siempre habrá una parte *cosa*, puro silencio, sostén de mi deseo y condición de mis satisfacciones pulsionales. De allí la enorme conmoción psíquica provocada por el agujero cavado con su ausencia. Aquel que está de duelo ha perdido el soporte de su vectorización pulsional, la imagen que la cubría y las palabras que sostenían su vínculo amoroso. El doliente querría acaso, a lo Hamlet, arrojarse también al vértigo reclamante de la fosa. Es quizá en este punto donde la escritura hace posible, en algunos casos, otro tratamiento de nuestros asuntos con los muertos. Por eso no son pocos los escritos que se han producido con ocasión de un duelo. Desde luego, ahora me refiero a otros textos distintos de aquellos leídos durante las ceremonias de despedida, tal vez, en realidad, su prolongación, su más íntima ramificación. Puede tratarse de obras de los más diversos talentos que se escriben posteriormente y que hallan el empujón definitivo para su producción con ocasión de una muerte. Para nombrar uno que nos es familiar a los psicoanalistas, evocaré la escritura misma de *La interpretación de los sueños* (1900/1981), producida por Freud con ocasión de la muerte del padre. Un memorioso podría listar aquí una inmensa biblioteca, acaso una tan vasta que allí iría a parar una porción nada despreciable de la producción literaria de la humanidad...

Hasta aquí he tratado la estrecha relación entre duelo y escritura poniendo el acento en lo que esta hace posible: el trazado de un litoral entre las palabras y el silencio; borde que propicia el paso de una escritura que parasita como memoria al cuerpo, a otra escritura en que las letras encuentran un soporte distinto y quizá otra organización. Ahora es necesario tratar ese mismo vínculo entre duelo y escritura poniendo el acento en el primer término de esa conjunción, esto es, en el duelo. Para ello me serviré de las tesis de Jean Allouch (1996) en *La erótica del duelo en los tiempos de la muerte seca*.

Llama la atención, en primer lugar, que el psicoanalista hable de erótica en un campo que, en apariencia, no dejaría lugar a tales agitaciones. Sin embargo, dado que el deseo se constituye a condición de la pérdida del objeto, resulta que en la situación de duelo, el doliente de ve “brutalmente, salvajemente y públicamente, en posición de *erastés*, de deseante” (Allouch, 1996, p. 31). Sobre este fundamento, Allouch va a plantear una crítica al texto de Freud (1915/1981b) “Duelo y melancol-

ía”, donde el fundador del psicoanálisis propone una tesis “romántica” del duelo. En efecto, Freud planteaba que en tal circunstancia, el doliente se ve precisado a retirar la libido del objeto, volcarla sobre el yo y, en un tiempo posterior, dirigirla a otro objeto que entonces sería sustituto del ausente. Con seguridad, proponerle a alguien que esté de duelo tan habilidoso recurso, no hará más que despertar justificadas sospechas. El despropósito es evidente, pues nuestros asuntos con la muerte no se organizan según el cálculo de viejo refrán: “A rey muerto, rey puesto”.

¿Qué perdemos, entonces, con el muerto para que no sea posible esta operación de reemplazo? De modo flagrante, perdemos a alguien, pero además con él se va un pequeño trozo de sí. De allí que no nos resulten extrañas ciertas expresiones de uso corriente que se orientan en tal sentido: “Ahí, se fue algo de mí”, y también, por qué no “¡Ay!, se fue algo de mí”. En el vínculo con el otro hay entonces un objeto entrambos que el otro se lleva cuando muere. Así, la escena cómica que Allouch (1996) figura para la situación de doliente sería la siguiente: “Quien está de duelo corre detrás, los brazos tendidos hacia delante, para tratar de atraparlos a ambos, al muerto y a ese trozo de sí, sin ignorar en absoluto que no tiene ningún chance de conseguirlo. Así el grito del duelo es: “¡Al ladrón!”. No implica que el muerto sea identificado con el ladrón; tal vez sea simplemente cómplice o mercenario pagado por el ladrón; tal vez el ladrón no exista; tal vez la pregunta sea justamente la de su existencia” (p. 31). Quizá el derecho al grito que supone el psicoanalista, dado que hay despojo, no es más que el signo de un ser que clama contra una condición inevitable y por ello definitoria de cualquier vida humana: la muerte. Es en este punto donde nos volvemos a encontrar con la buena pluma freudiana, en un texto contemporáneo del no muy afortunado “Duelo y melancolía”; me refiero a “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte” (1915/1981a). Allí Freud habla de nuestra inclinación a acentuar la causa de la muerte, bien se trate de la enfermedad, la vejez, la infección... para así rebajar la muerte de necesidad a mera contingencia. De modo que es ante tal necesidad, imperativo ineludible, Amo absoluto, que el grito se profiere y los motivos proliferan. Enseguida, Freud amplía sus primeras observaciones sobre nuestra actitud ante la muerte con formulaciones esenciales referidas al “derrumbe espiritual” que experimentamos cuando la “ladrona” muerte nos arrebató a una persona amada: “Enterramos con ella nuestras esperanzas, nuestras aspiraciones y nuestros goces; no queremos consolarnos y *nos negamos a toda sustitución del ser perdi-*

do. Nos conducimos entonces como los ‘*asras*’ que mueren cuando mueren aquellos a quien aman” (Freud, 1915/1981a, p. 2111)². Es claro, entonces, que con el muerto enterramos algo más que sus restos. Freud es explícito: enterramos nuestras *esperanzas*, *aspiraciones* y *goces*. Esto es que tanto el deseo como la satisfacción pulsional hallaban en el otro un asidero, ahora perdido. Del mismo modo aquí Freud formula otra idea diferente a la del reemplazo del ausente. Habría sido pues necesario que Allouch hubiera ampliado el campo de su pesquisa en la obra freudiana, para dejar de hallar en “Duelo y melancolía” esa estación privilegiada que rinde tan bien a sus propósitos; quizá entonces algunos matices habrían sido inevitables en sus juicios sobre las formulaciones freudianas acerca del duelo. Pero no quiero extenderme aquí sobre tales matices que conciernen ciertamente a la teoría y a la clínica psicoanalíticas, donde estos deben cernirse³.

Quiero volver ahora a la relación entre duelo y escritura, desde la entraña misma del duelo, tal como lo había anunciado. Dado que el duelo no es simplemente un trámite sustitutivo, implica entonces un cambio en la relación con el muerto. Allouch dice que tal cambio es menos un trabajo —en el sentido del famoso “trabajo de duelo”— que un acto por medio del cual se agrega pérdida a la pérdida. Ya vimos que la pérdida está constituida por el muerto más el pequeño trozo de sí; ahora bien, sobre la base de esta pérdida, el acto del duelo agregará otra pérdida y así este hallará cumplimiento. Por qué no pensar entonces que el objeto que entrego en ese acto pueda ser aquel escrito que me vi empujada a producir. Por qué no pensar que esas hojas con tachaduras, esa carta, aquel poema, esos fragmentos, en fin, son lo que de mí entrego para hacer audible el enigma de una pérdida, en último término *insondable*. ¿Qué fue lo que te llevaste? Quizá la única manera de probarlo sin jamás saberlo sea que mis manos tracen aquí la cifra ignota de lo que me fuiste.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Allouch, J. (1996). *La erótica del duelo en los tiempos de la muerte seca*. México: Edelp.

² La cursiva es mía.

³ Hay otros dos temas sobre los que Jean Allouch ha avanzado interesantes formulaciones con su singular *erótica*: la persecución en el duelo y la dimensión social que este tiene. De nuevo, afirma que las indicaciones freudianas sobre estos dos asuntos brillan por su ausencia... desde luego, en “Duelo y melancolía”. Pero, quizá, si hubiera revisitado “Tótem y tabú” (1913/1981), donde Freud abunda en observaciones sobre estas cuestiones...

- Duras**, M. (1995). *Eso es todo*. Madrid: Ollero & Ramos.
- Freud**, S. (1900/1981). "La interpretación de los sueños". En *Obras Completas*, vol. I. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud**, S. (1913/1981). "Tótem y tabú". En *Obras Completas*, vol. II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud**, S. (1915/1981a). "Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte". En *Obras Completas*, vol. II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud**, S. (1915/1981b). "Duelo y melancolía". En *Obras Completas*, vol. II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud**, S. (1929/1981). "El malestar en la cultura". En *Obras Completas*, vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Jones**, E. (1985). *Freud*, vol. 2. Barcelona: Anagrama.
- Lacan**, J. (1960/1985). "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En *Escritos 2*. México: Siglo XXI.